

---

# EL COBARDE MÁS VALIENTE

---

Personas que hablan en ella:

- **MARTÍN Peláez**
- **PAYO Peláez**
- **BOTIJA, lacayo**
- **EL REY**
- **BERMUDO**
- **NUÑO**
- **EL CID**
- **ÁLVAR Fáñez**
- **SANCHA**
- **MUZA**
- **ABENÁMAR. el rey moro**
- **ÁLVARO, criado**
- **ORDOÑO**
- **LIDORO**
- **PEDRO Bermúdez**
- **AMETE**
- **CALÍN**
- **Unos MOROS**

---

## JORNADA PRIMERA

---

*Salen MARTÍN Peláez, PAYO  
Peláez, ÁLVARO, criado, y BOTIJA, villano*

PAYO:           ¿Hasta cuándo pretendías  
afrentar nuestras montañas,  
pues al sol de otras hazañas  
lucen en ti valentías?

    ¿Tú eres mi hijo? No aguardes  
que te dé tal nombre aquí,  
que no han de llamarme a mí  
padre de hijos cobardes.

    Tienes fuerzas superiores  
al más robusto león,  
y siempre tus hechos son  
regalos, gustos y amores.

    Cuando gano para ti  
labrando el campo sustento,  
marcha tú al campo sangriento  
por blasones para mí.

    ¿No ves que parece mal  
un necio entre hombres discretos,  
entre avarientos sujetos  
al oro, el que es liberal?

    Pues ¿qué pretendes, Martín,  
entre montañeses fieros,  
tan nobles como guerreros?

Vete con Nuño y Laín,  
    tus primos, que con tu tío  
el Cid, su fama acreditan,  
cuyas hazañas incitan  
a un mármol helado y frío.

MARTÍN:       Yo no estoy acostumbrado  
a ver paveses y cotas.

PAYO:       Pues ¿a qué?

MARTÍN: A buscar bellotas.  
 PAYO: Principio tiene el soldado.  
 El Cid te dará valor.  
 BOTIJA: ¿Y si no quiere tomallo?  
 PAYO: Traelde luego el caballo  
 Y las corazas.

*Va ÁLVAR por ella*

MARTÍN: Señor,  
 ¿quieres que me maten luego?  
 BOTIJA: (Lástima le tengo al pobre, Aparte  
 que cuando fuerza le sobre  
 a verle cobarde llego.)  
 PAYO: ¿En los demás no es igual  
 el peligro de la vida?  
 MARTÍN: Padre, y ¿después de perdida?  
 BOTIJA: (¡No ha preguntado muy mal Aparte  
 el mozo!  
 PAYO: Siendo por Dios  
 y por su rey, no se pierde.  
 BOTIJA: Pues yo he visto, Dios me acuerde,  
 y aun sois buen testigo vos,  
 a un ciento y más de soldados  
 cantarles *requiem amén*.  
 MARTÍN: Dice Botija muy bién.  
 PAYO: Pues iréis acompañados  
 los dos.  
 BOTIJA: (Ya cantó el cuquillo Aparte  
 por mí.) ¿En qué pequé, señor,  
 que no conozco a Almanzor  
 sino es para servillo?  
 PAYO: Allá le conoceréis  
 cuando con Martín salgáis  
 al campo.  
 MARTÍN: En poco estimáis  
 a un hijo.  
 PAYO: Bien lo sabéis.  
 La guerra os despertará

adonde echaréis de ver  
que en ella os puedo querer  
cuando os aborrezco acá.

BOTIJA: ¿Qué ha de echar de ver, señor?

Eso al amor contradice,  
que el santo evangelio dice  
que nos tengamos amor.

Nuestro Señor Jesucristo  
dice también en su historia  
Yo tengo linda memoria.

PAYO: ¿Qué dice?

BOTIJA: Pues ¿no lo ha visto?

Que el que el peligro buscare  
muera muerte supetaña.

PAYO: ¡Hay simpleza más extraña!

De quien el alma arriesgare,  
habla Dios, del cuerpo no,  
cuando por él se aventura  
la vida.

BOTIJA: Mucho me apura.

Como me quedara yo,  
diera por buena la ida.

*Sale ÁLVAR con las armas*

ÁLVARO: Las armas están aquí.

PAYO: ¿Trajiste el caballo?

ÁLVARO: Sí.

BOTIJA: ¿Y alforjas? Que sin comida  
no alzaré los pies del suelo.

PAYO: Este arnés has de llevar,  
hijo; procúrale honrar,  
que fue de Sancho, tu agüelo.

BOTIJA: Mucho estas casacas pesan.

PAYO: ¿No hablas? ¿no me respondes?

MARTÍN: No, porque en el pecho escondes  
las crueldades que profesan  
las fieras. No soy tan ciego  
que no vea que me han dado

carga, con que el moro osado,  
lidiando, me alcance luego.

Menos pesado es mejor.

Pues mi padre me destierra,  
así partiré a la guerra.

PAYO: Y si muestra más valor  
el moro, y llega a las manos,  
sin armas te ha de herir.

BOTIJA: Ahí entra bien el huir.

PAYO: Son consejos de villanos  
los tuyos.

BOTIJA: Lo que yo hiciera  
digo no más, que mi amo,  
cuando corra como un gamo  
será todo.

PAYO: Considera,  
si de quien eres no das  
muestra, como buen soldado...

BOTIJA: Sí dará, que es hombre honrado.

PAYO: ...que no has de verme jamás.  
Caballo y armas te doy,  
que es de los nobles la herencia.

MARTÍN: ¿Tan presto vuestra presencia  
me negáis?

PAYO: Llorando voy,  
que es hijo al fin.

MARTÍN: ¡Ah, señor!  
¿Cómo sin echarme os vais  
la bendición?

PAYO: ¿Lloráis,  
Martín? Yo tengo temor  
de su vida. ¡Ay, hijo mío!  
Mas ¿qué digo? Vaya y muera  
antes que afrentarme quiera.  
Al Cid, mi primo, os envío.  
Hijo, imitaréisle vos,  
pues hay tanta obligación,  
y alcánceos mi bendición,  
buen Martín, con la de Dios.

BOTIJA: Écheme también a mi

su bendición, y veremos  
cuál entre los dos extremos  
vuelve primero.

PAYO: Si en ti  
vive de Sancha el amor,  
como la fama pregona,  
ya ves que es otra amazona  
en hermosura y valor  
y ha de buscar, cuando quiera  
rendirse al yugo amoroso,  
al marido valeroso.  
La guerra, Martín, te espera.  
Haz en ella alguna hazaña  
por amante y por soldado,  
que después, volviendo honrado,  
te dará nuestra montaña  
infinitos parabienes  
en los brazos de tu esposa.

MARTÍN: Fortuna menos dichosa  
es la que aquí me previenes.  
Si mi tierno amor conoces,  
¿por qué te quitas, señor,  
que en prendas de tanto amor  
regalados nietos goces?  
Permite que Sancha sea  
mi esposa, y mándeme luego  
que donde trocado en fuego  
el sol su carro posea,  
viva entre bárbaros viles  
o adonde sauces y chopos  
la borda cuajada en copos  
hilos de nieve sutiles.  
¡Valientes fueron los godos,  
su nombre a los siglos dieron,  
espanto a Italia pusieron,  
mas no pelearon todos!  
Yo, que bien lo sabéis vos,  
entre la paz me gobierno,  
porque soy...

BOTIJA: ¡Bobo es mi yerno!

Es un ánima de Dios.

Por no matar un cochino  
lo dejará de comer.

PAYO: Mi voluntad se ha de hacer;  
ése es, Martín, el camino.  
Si os es la guerra molesta  
y os volvéis, quiero advertiros  
que saldrán a recibiros  
las garras de una ballesta.

*Vase*

BOTIJA: Ea, cerróse de campiña.  
¡No nos echara a la tarde  
y no en ayunas! Aguarde.

ÁLVARO: ¿Quién es?

BOTIJA: ¿Cuándo se aliña  
jornada entre hombres cristianos  
sin tocar de la dispensa?  
Payo, mi señor, ¿qué piensa?  
¿Somos cuerpos soberanos?

ÁLVARO: Los pueblos por donde has de ir  
que han de regalarte espero.

BOTIJA: Pues mientras llego al primero  
me puedo, hermano, morir;  
hagamos la alforja yo y tú.

ÁLVARO: ¿Tú no ves que no hay lugar?  
Adiós.

BOTIJA: Tráguete la mar,  
criado de Belcebú.  
Fálteos, plegue a San Millán,  
en, poblado y en camino  
casi el agua, todo el vino,  
la carne os falte y el pan.  
Parece esta maldición  
que me la han echado a mi.

MARTÍN: Amigo, vamos de aquí.

BOTIJA: Pidiendo están confesión  
mis tripas.

MARTÍN:               No hay cosa alguna  
 en nuestra humana opinión  
 que no tema con razón  
 vaivenes de la Fortuna.

    Perderé a manos del moro  
 sin saberme defender  
 la vida, para perder  
 con tiempo el fuego que adoro.

BOTIJA:            Por lo que dices de fuego,  
 tu Sancha viene hacia acá  
 pisando hongos.

MARTÍN:               Será  
 burla.

BOTIJA:            Pues, ¿soy yo ciego?

MARTÍN:            Pues di que brotando vienen,  
 sus bellas plantas hermosas  
 muchos claveles y rosas.

BOTIJA:            ¿No hay otras hierbas que tienen  
 virtud para una ensalada?  
 Cuanto pisa una mujer  
 luego dicen que ha de ser  
 ya la violeta morada,  
     lirio azul, blanco jazmín,  
 bello adorno del verano,  
 haciendo que sea hortelano  
 el cordobán del botín.

*Sale SANCHA*

SANCHA:            Martín, ¿qué, por olvidarme,  
 te vas a la guerra?

MARTÍN:               Así  
 tuviera piedad de mí  
 quien de ti quiere apartarme.  
     Como la mayor belleza  
 que en nuestro suelo español,  
 sirviendo de espejo al sol  
 formó la naturaleza



tuviera celos de ti  
 cuando mi amor procurara,  
 pues sabes que le negara  
 el corazón que te di.

Y porque no te parezca  
 lisonja, cuando mis labios  
 haciéndole al sol agravios  
 lo que él matiza te ofrezca,  
 pregunta en tu pecho hermoso  
 al alma que te ofrecí.  
 Si parto, Sancha, sin mí,  
 antes puedo estar quejoso  
 de que presa en tu poder,  
 mi alma a la tuya asida,  
 me den tus ojos la vida  
 para venirme a perder;  
 pues, si habiéndome robado  
 el alma, muerto quedara,  
 mi padre no me ausentara  
 del sol que miro eclipsado.

SANCHA: Y muerto, ¿qué habías de hacer  
 en mis manos rigurosas?

MARTÍN: El sol, padre de las cosas,  
 tiene divino poder  
 para dar vida a las plantas,  
 y yo, como planta nueva  
 que a tus bellas luces prueba  
 el ser a que me levantas,  
 pudiera, Sancha, decir,  
 muerto en Fénix amoroso,  
 que era tu tema dichoso  
 que nace para morir.

SANCHA: ¡Oh, qué bien te has prevenido  
 de que lisonjas no son!

MARTÍN: Verdades del corazón,  
 ¿cuándo lisonjas han sido?

SANCHA: No te he visto tan discreto,  
 o por decirlo mejor,  
 tan amoroso pintor.

MARTÍN:     Voy en tu ausencia sujeto  
                   a la muerte, y como suele  
 muriendo el cisne cantar,  
 quise agora celebrar  
 la mía.

BOTIJA:        ¡Mucho nos muele!  
                   Señora Sancha, si gusta,  
 véngase su poco a poco.

MARTÍN:     Ya das de pesado en loco.

BOTIJA:     Pues una mujer robusta  
                   no vendrá contando cuentos  
 a la sombra del rocín.

SANCHA:     Como gustara Martín,  
                   no me faltaran alientos  
                   para seguir a un soldado.

MARTÍN:     ¡Que tal diga una mujer!

SANCHA:     Para poderte volver  
                   el alma que tú me has dado  
                   te quisiera acompañar,  
 que mal llevará la palma  
 quien va a pelear sin alma.

BOTIJA:     Para eso ¿hay más que sacar  
                   del purgatorio un par de ellas?

.....

.....

..... [ -ellas].

..... [ -una]

Quédeme yo acá rezando ,  
 y se las iré enviando.

MARTÍN:     Tu amor te ha hecho importuna.

..... [ -iga]

.....

.....

Darás ocasión que diga  
                   el Cid que llevo a la guerra  
 afeminado el valor,  
 cuando entre espanto y rigor  
 pienso matizar la tierra  
                   con sangre morisca.

BOTIJA:                     Aquí

sin haber sido escolar  
 hay quien comienza a dudar  
 de lo que has dicho.

MARTÍN:                    ¡De mí!  
                               ¿no sabes que a matar voy  
 mil moros?

SANCHA:                    ¿Quién lo dudaba?

BOTIJA:        Es verdad, no me acordaba,

MARTÍN:        Rayo de los moros soy.

BOTIJA:        ¡Bien la medida le hinchas!

MARTÍN:        Pienso matar, Sancha mía,  
 diez mil moros en un día.

BOTIJA:        Muchos son, aunque sean chinchas.

MARTÍN:        ¿Qué dices?

BOTIJA:                    Que yo también  
                               de un golpe, y tú lo verás,  
                               he de matar muchos más  
                               como me los pongan bien.

SANCHA:        ¡De un golpe solo!

BOTIJA:                    ¿No basta?

SANCHA:        ¿Cómo?

BOTIJA:                    De esta manera  
                               voylos poniendo en hilera  
                               como si fueran de pasta,  
                               y con más fuerza que un toro,  
                               dándole con un garrote  
                               al primero en el cogote  
                               topa en el segundo moro;  
                               luego el tercero, sintiendo  
                               el garrotazo que di,  
                               cae sobre el cuarto, y así  
                               van topando y van cayendo.  
                               ¿Hay quien esto no le cuadre?  
                               Esto es juntos y apretados,  
                               que si esperan apartados  
                               venga a matarlos mi madre.

SANCHA:        Mira que dicen que tiene  
 Burgos, donde agora vas...

MARTÍN:        Pienso que celosa estás.

SANCHA:        Eso mi amor te previene;

si alguna mujer tocares  
que no te abrases te digo.

BOTIJA: Buen remedio.

SANCHA: Dile, amigo.

BOTIJA: No hablar en caniculares.,

MARTÍN: Primero verás arder  
las aguas, el aire, el fuego,  
y al sol de la lumbre ciego  
precipitado caer,  
y todo nuestro horizonte  
sin las que a tu sol reservo,  
vivir en el mar un ciervo  
y un delfín en ese monte  
que yo te olvide jamás.

SANCHA: Primero que yo te olvide,  
el tiempo, que el tiempo mide,  
le verás volver atrás.

BOTIJA: Primero verás [tornar]  
una lechuza que yo.

MARTÍN: Quien de tu luz me apartó  
no me concede lugar  
para que más me detenga.  
Dame tus brazos, y adiós.

BOTIJA: ¿Para abrazarse los dos  
es menester tanta arenga?

SANCHA: ¿Tantos rigores conmigo?

MARTÍN: Sancha: adiós.

SANCHA: Adiós, Martín.

BOTIJA: Aliñemos el rocín,  
que mañana yo me obligo  
que estas hembras tengan dueño  
que un galápago soldado  
no ha de faltar.

MARTÍN: Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.

*Vanse MARTÍN y BOTIJA*

SANCHA:       ¿Cómo podré yo acabar  
 con mi amor, sufrir su ausencia?  
 Imposible es la paciencia  
 en las que saben amar.  
       Seguiréle, sin que intente  
 ver lo que me está mejor,  
 porque en contiendas de amor  
 muere el honor más valiente.

*Vase. Salen el REY y BERMUDO por una parte, y el  
 CID, NUÑO Laínez, PEDRO Bermúdez y  
 ORDOÑO por otra, y acompañamiento*

REY:           ¿Para ver a un rey salís  
 de tantos hombres armado?

CID:          Señor, hanme acompañado,  
 si la verdad advertís,  
       aunque es gran dificultad  
 que adonde llega primero  
 la voz de algún lisonjero  
 pueda caber mi verdad.  
       Y en prueba, Alfonso, que aquí,  
 con alma de engaños llena,  
 os canta alguna sirena,  
 basta no escucharme a mí.

BERMUDO:     ¡Al paso que sois guerrero  
 os preciáis de mal mirado!

CID:          Callad vos, pues yo he callado  
 el nombre del lisonjero.  
       Mas, pues que vos desviáis  
 tan contra justicia y ley  
 de las orejas del rey  
 la verdad que me escucháis,  
       sin duda que tenéis dentro  
 las mentiras que os escucha;  
 acométenme en la lucha

y hanme salido al encuentro.

REY: Advertid que estoy presente.

CID: No temáis que muestre bríos,  
porque los agravios míos  
llevo con serena frente.

No negará mi amistad  
el que más mi ofensa intenta,  
que yo perdono la afrenta  
como al rey trate verdad.

REY: Los que yo tengo a mi lado  
me la dicen más que vos.

CID: Engañáisos, ¡vive Dios!

REY: A no haberos desterrado  
hiciera un nuevo castigo  
en vos. Salíos de mi tierra.

CID: Si de ésta el rey me destierra  
ya está en su tierra Rodrigo.

*Da unos pasos atrás*

REY: De Castilla habéis de ir  
en el plazo de tres días.

CID: Temeréis verdades mías,  
pues no las queréis oír.  
Ya partiré desterrado  
del reino; pero mirad  
que a hombres de mi calidad  
más término les han dado  
para levantar su casa.  
Cuando desterrados van  
a los ricos hombres dan  
cuarenta días.

REY: No hay tasa  
en mi gusto; el plazo os niego.

CID: Pues la ley también negáis,  
y claramente mostráis  
que de cólera estáis ciego,  
pues ni en cuarenta podré,  
testigos mis infanzones,

cargar, señor, los pendones  
que en vuestras guerras gané.

No me neguéis lo que os pido,  
por éstos, sino por mí,  
a quien tantas veces vi  
defender vuestro partido.

Oíd, don Nuño Laín;  
Pedro Bermúdez, llegad,  
y en prueba de mi lealtad,  
para tan honroso fin,  
mostrad las heridas fieras,  
sobrinos, a Alfonso agora,  
que, si bien no las ignora,  
las juzgará por ligeras,  
que yo iré muy satisfecho  
si dais para mi partida  
un día por cada herida  
de las que muestre su pecho.

ORDOÑO:       Pues ¿tan caro ha de costar  
que con sangre ajena y mía  
se ha de comprar cada día  
de los que le habéis de dar?

NUNO:         Muy corta dais la licencia,  
cuando entre el despojo opimo  
Álvar Fáñez, nuestro primo,  
queda cautivo en Valencia.

PEDRO:       Herido y preso quedó  
por vos en sangrienta lid;  
merezca por él el Cid  
el término que os pidió.

REY:         Doy a vuestro ruego aquí  
nueve días y no más.

CID:         No fui tan corto jamás  
en las victorias que os di.  
Desleal me habéis llamado,  
si a alguno lo habéis oído,  
cuantos lo han dicho han mentido,  
y en esta campaña armado,  
cual noble hidalgo español,  
cuerpo a cuerpo los espero

desde que salga el lucero  
hasta que se esconda el sol.

Y a no ser mi rey, es llano  
que me igualaran las leyes,  
pues sabes que muchos reyes  
me han besado a mí la mano.

¿Estos vasallos tenéis,  
Alfonso, y los desterráis,  
y--¡vive Dios!--que os quedáis  
con traidores?

REY: No me deis  
a que os castigue ocasión,  
que hay fuerzas de rey en mí.

CID: Esas fuerzas yo os las di  
con mi guerrero escuadrón.  
Aunque para hablar severo  
basta que nombre tengáis  
de rey, con que subentáis  
al enemigo más fiero.

Vos podéis hablar, señor;  
pero no el que hablando lidia  
que llama, muerto de envidia,  
deslealtad a mi valor.

Ponedle freno en la lengua,  
que son armas mujeriles,  
armas cobardes y viles  
de nobleza y valor mengua.

REY: Pues yo gusto de ampararlos.

CID: Si tanto sabor os trueca,  
con las riendas de Babieca  
daré vuelta a castigarlos.

REY: ¡Cid!

CID: ¡Alfonso!

REY: Bueno está.

CID: No está, señor.

REY: ¿Qué decís?

CID: Rey Alfonso, esto que oís.

REY: Vamos, Bermudo.

BERMUDO: El que va  
con su rey disculpa tiene



si no responde.

REY: Es verdad;  
id tras él, y procurad  
no andar sin él, que os conviene.

*Vanse. Salen ABENÁMAR, rey moro, y ÁLVAR Fañez, sin  
espada*

ABENÁMAR: ÁLVAR Fañez, no pretendo  
de tu persona el rescate,  
aunque el mismo rey lo trate;  
de que lo trates me ofendo.  
Vete en paz, y al rey, tu tío,  
dale este abrazo por mí.

ÁLVAR: Jamás en bárbaro vi  
tan piadoso señorío.  
Digo que en valor excedes  
a Alejandro.

ABENÁMAR: Al fin irás.  
En casa del Cid, podrás  
hacerme en ella mercedes.

ÁLVAR: Tú puedes, señor, hacellas  
a quien se rinde a tus plantas.

ABENÁMAR: Tú puedes hacerme tantas,  
que venga a ser rey por ellas.

ABENÁMAR: Pues ¿en qué las puede hacer  
a un rey un soldado?

ABENÁMAR: (Dudo Aparte  
descubrirle el pecho.) Pudo  
hoy conmigo merecer  
tanto tu valor... (¿Qué digo? Aparte  
Ya estoy ciego.

ABENÁMAR: No te entiendo.

ABENÁMAR: (En vano el alma definiendo Aparte  
del fuego que adoro y sigo.)  
Dícenme que Sol y Elvira,  
del Cid, dos hijas doncellas,  
son, como los cielos, bellas.

ÁLVAR: (¿A qué blanco el moro tira?) Aparte

ABENÁMAR: Más que entre el bello arrebol  
de Elvira, divina aurora,  
blandamente luce agora,  
Sol, su hermana, como el sol.

ÁLVAR: Pues ¿qué me quieres decir  
siendo moro, cuando es ella  
cristiana?

ABENÁMAR: Que es Sol muy bella.  
¿No me podrás permitir  
que esto diga?

ÁLVAR: ¿Por qué no,  
supuesto que no la ofendes?

ABENÁMAR: Piadosamente me entiendes.  
La fama, amigo, llegó  
de su hermosura, de suerte,  
que en veneno disfrazada  
me dejó el alma abrasada.  
Tuviera a dichosa suerte  
que tú le hablastes por mí,  
que así tu favor podría  
vencer a mi cortesía.  
Mas quisiera darte aquí  
..... [ -or]  
este papel que le lleves;  
en cuyos renglones breves  
verá mi profundo amor,  
porque pienso en mis fortunas,  
blasón del cristiano y moro,  
ofrecer al Sol que adoro  
postradas mis medias lunas.

ÁLVAR: ¿Dícelo el papel también?

ABENÁMAR: También el papel lo dice,  
porque mi amor autorice.

ÁLVAR: Muestra...

ABENÁMAR: Denme el parabién  
las mismas glorias de amor.

*Rompe ÁLVAR el papel*

ÁLVAR: Esto responde por mí  
doña Sol.

ABENÁMAR: ¿Perdiste aquí  
el seso? ¿Con qué valor  
se ha armado tu atrevimiento  
para tan gran desvarío?

ÁLVAR: No hubo más valor que el mío  
que tu primer movimiento  
castigó con divertir  
esa locura en que das,  
que a desvanecerte más  
fuera más dulce al morir  
a manos de un tigre fiero  
que sufrir mi enojo y furia.

ABENÁMAR: ¿A un rey un cautivo injuria  
de quien ya vengarme espero?  
La muerte que ya te aguarda  
te obliga a hablar desa suerte.

ÁLVAR: ¿Quién podrá darme la muerte  
cuando mi voz te acobarda?  
Pues te precias de soldado,  
no te valgas de traiciones;  
arroja tus escuadrones;  
como esté en el campo armado,  
y porque acortes los plazos,  
prueba este brazo español,  
verás, sin que pare el sol,  
partir tu gente á pedazos;  
que del varón sabio y fuerte,  
si en mí es la alabanza impropia,  
todo el mundo es patria propia,  
infeliz o adversa suerte.  
Y quien en prisión sujeto  
permite mengua en su honor,  
tiene al peligro temor  
lleno de infame respeto.  
Mas bien sé que el no arrojarte  
a venganzas atrevidas  
es por no perder las vidas

que sientes que ha de costarte,  
 pues matara mi furor  
 a tantos en tu presencia,  
 que no quedara en Valencia  
 quien te llamara señor.

ABENÁMAR: Mal en los hombres parece  
 hablar.

ÁLVAR: Engañado estás.  
 Dame una espada y verás  
 cómo la lengua enmudece.  
 La lengua, estando agraviada,  
 la honra tanto provoca,  
 que revienta de la boca  
 por convertirse en espada.

ABENÁMAR: La que en la guerra perdiste  
 con la libertad te doy,  
 veré si ejecutas hoy  
 lo que en la lengua ofreciste;  
 porque en la espantosa lid  
 donde te he de castigar  
 quiero volverte a sacar  
 de entre los brazos del Cid.

ÁLVAR: Con humilde cortesía  
 mi libertad te agradezco  
 y con mi espada te ofrezco  
 lo que vale por ser mía.  
 Vale una ciudad cercada,  
 y en pago de tu clemencia,  
 pienso ganarte a Valencia,  
 y dártela por mi espada.

*Vanse. Salen MARTÍN Peláez y BOTIJA*

BOTIJA: ¡A buena ocasión llegamos,  
 que están haciendo novenas  
 a San Pedro pescador!  
 Ponte muy firme de piernas,  
 habla gordo lo posible,  
 porque dicen que en la guerra

vale mucho un hombre ronco.

MARTÍN: En el alma el pecho tiembla  
de ver que a tales varones  
un hombre cobarde ofrezca  
mi padre; la culpa es mía,  
y es bien que la pena sienta.

BOTIJA: Ya salen en procesión,  
y pardiez ¡que vienen hembras  
con ellos!

MARTÍN: Serán mis primas,  
Elvira y Sol.

BOTIJA: ¡Guarda fuera!  
¿Sol se llama? Abrasará  
quien se abrazare con ella.

MARTÍN: Desvíate a un lado, necio.

BOTIJA: ¿A un lado? ¿Soy faltriquera?

*Salen el CID, con pendón. NUNO Laín,  
PEDRO Bermúdez, y ORDOÑO*

CID: Pendón bendecido y santo,  
hoy un castellano os lleva  
por su rey mal desterrado,  
bien plañido por su tierra.  
No ha hecho traición al rey  
por obra ni por semeja,  
sino es que traición se llama  
defenderle sus fronteras.  
Por lisonjas de cobardes  
busco las ajenas tierras,  
desde lejos arrojado,  
que no osaren desde cerca.  
Pero agradézcanlo a Dios,  
que a Él solo es bien agradezcan  
que en su ofensa no descubro  
mi espada y mi cruz bermeja.

BOTIJA: ¿No llegas?

MARTÍN: Tengo temor  
de ver la grave presencia

del Cid; espanto me pone.

BOTIJA: Si fueran moros, ¿qué hicieras?

Yo le diré que has venido.

MARTÍN: Aguárdate, necio, espera.

BOTIJA: Yo me arrojó. - ¡Ah, señor Cid!

ORDOÑO: Un corito a hablarte llega;

de lejas tierras parece.

CID: Llegue en buen hora.

BOTIJA: Así sea.

MARTÍN: (Si tanto temor me han puesto Aparte

sosegados en la iglesia,

¿qué será verlos lidiando

al son de roncadas trompetas?

Jamás me hubiera obligado

de mi padre la presencia.)

CID: ¿Cómo no hablas?

BOTIJA: No puedo.

CID: Despide el temor, sosiega.

Di a lo que vienes.

BOTIJA: Señor..

venimos... soy de mi tierra

y soy Botija también.

CID: Pues ¿entre nosotros tiembles?

BOTIJA: Pues ¿no puedo yo temblar

donde quisiera?

MARTÍN: (Mi afrenta Aparte

va publicando su miedo.)

BOTIJA: Payo Peláez, bien se acuerda,

tuvo un hijo, y este hijo

quieren decir malas lenguas

que salió travieso un poco,

y salido, tenga en cuenta,

riñó su padre con él,

después de muchas pendencias,

porque era acuchillador.

MARTÍN: ¡Divinamente lo enmienda!

BOTIJA: Por quítame allá esas pajas

le sacó una vez las muelas

a un barbero; pero fueron

las que colgaba a la puerta.



BOTIJA: (¡Si lo pudiere excusar!) Aparte

CID: Serán las victorias ciertas  
con su favor.

MARTÍN: (Padre ingrato, Aparte

¿por qué permites que vean  
tu afrenta en mi cobardía?  
¡Pluguiera a Dios que en la sierra  
me hubiera muerto algún oso!)

CID: Sobrino, por nuevas prendas  
de mi amor, y porque espero  
que en vuestra defensa tenga  
mi perdón lugar seguro,  
mientras dure la novena  
le honraréis con vuestras manos.

MARTÍN: Donde hay tantos que merezcan  
este honor...

CID: A vos se os debe.

BOTIJA (Él hará lo que no deba.) Aparte

MARTÍN: Razón es obedeceros.

BOTIJA: En oyendo las trompetas  
lo verán.

CID: Vamos.

BOTIJA: ¿Y a mí  
no me darán una vela?  
Iremos en procesión;  
si aguardan que la merezca,  
Botija soy, y en Asturias  
es mi casa sola vieja.

ORDOÑO: ¡Solariega!

BOTIJA: Y en mis armas  
las botijas de mi tierra  
pintan un braguero de oro.

ORDOÑO: Pues ¿por qué?

BOTIJA: Porque se quiebra.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA



---

## JORNADA SEGUNDA

---

*Suena un clarín y salen MARTÍN Peláez  
y BOTIJA*

BOTIJA: Señor, ¿a qué toca el moro?

MARTÍN: Dicen que toca a embestir.

BOTIJA: Pues quiérome prevenir  
para esconderme.

MARTÍN: Ya lloro  
entre las desdichas mías  
mi ya malogrado amor.

BOTIJA: No hay sino mostrar valor,  
señor Martín.

MARTÍN: Pues ¿no fías  
de mí que sabré mostrar  
ánimo y pecho gallardo?

BOTIJA: Por eso digo: aquí aguardo,  
para tener que contar  
tus hazañas a la vuelta.

MARTÍN: Ya las espadas previene  
el Cid; mostrar me conviene  
determinación resuelta  
de morir, antes que vea  
la infamia que engendra el miedo.  
Empeñado estoy, no puedo  
excusar la imagen fea  
de la guerra. Amigo, adiós,  
que ya suben a caballo.

BOTIJA: ¿De veras podré esperallo?.

MARTÍN: Si hemos de volver los dos  
cargados de mil trofeos  
para Sancha, claro está.

*Vase*

BOTIJA:     Pues tráigase hacia acá  
 un rey moro. Los deseos  
               de mi amo buenos son;  
 fuerzas y estómago tiene,  
 corriendo un carro detiene  
 de seis mulas. No hay Sansón  
               como él si da una puñada;  
 pero diz que no está en eso;  
 ya temo algún mal suceso.

*Sale SANCHA en hábito de hombre*

SANCHA:     ¿Cuándo un alma enamorada  
               temió peligros de honor?  
 Los imposibles mayores  
 amor los convierte en flores,  
 porque es lisonjero Amor.  
       Buscando vengo a Martín  
 disfrazada en el vestido,  
 aunque amor, como advertido,  
 mal puede encubrirse en fin;  
       pues, por templar los enojos  
 que causa mi ardiente fuego,  
 pretende mostrarse luego  
 en el agua de mis ojos.  
       Y así en el disfraz mayor  
 con que amor cubrirme quiere,  
 verá quien mis ojos viere  
 que vengo muerta de amor.  
       Si, como es Martín gallardo,  
 sustenta el alma animosa,  
 no habrá mujer más dichosa;  
 verle solamente aguardo  
       que entre las escuadras lidie  
 para darle mis deseos

mil amorosos trofeos  
que nuestra montaña envidie.

Éstos son los pabellones  
del pueblo cristiano, y pienso  
que quieren lidiar.

BOTIJA:                    Suspenso  
por más de veinte razones  
me tiene el montañesillo  
que está en el valle parado.

SANCHA:    Hacia aquí viene un soldado;  
como él quiera, he de servillo  
para encubrirme mejor.

BOTIJA:    (¡Qué bien la vista repara!    Aparte  
¡Par Dios! Cortada la cara  
parece a Sancha.)

*Sale ÁLVAR Fáñez*

ÁLVAR:                    Al temor  
de la castellana furia  
que arrojan nuestros reales,  
recoge ya sus cristales  
en urnas de plata el Turia.  
Pone el moro sus riberas  
en banderas y pendones,  
el Cid pondrá a sus leones  
por alfombras sus banderas.

*Tocan una caja*

Aquella caja señala  
la sangrienta acometida;  
aquí es bien perder la vida,  
cuando en la fama se iguala  
un valeroso español  
al Macedón, cuya gente  
pisó del Ganges la frente,  
nevada cuna del sol.

Bien ha menester las manos  
 el fiero ejército vil,  
 aunque trae noventa mil  
 para ocho mil castellanos.

SANCHA: Pienso que volverse quiere,  
 que le dan las trompas voces;  
 volarán mis pies veloces  
 para decirle que espere.  
 ¡Ah, señor!

BOTIJA: ¿Adónde va  
 el muchacho?

ÁLVAR: ¿Quién me llama?

SANCHA: Quien quisiera daros fama  
 sobre el sol y os servirá  
 de paje en la paz y aquí  
 de llevaros si gustáis  
 escudo y yelmo.

ÁLVAR: ¿Buscáis  
 a quién servir?

SANCHA: Señor, sí,  
 porque a la guerra me inclino,  
 y así me perdone Dios  
 que os sirva de balde, a vos.

ÁLVAR: (¡El muchacho es pergrino!) Aparte

SANCHA: Diga: ¿quiere ser mi amo?

ÁLVAR: (Tiene gallarda presencia.) Aparte  
 ¿El nombre?

SANCHA: Con su licencia  
 diré que Sancho me llamo.

ÁLVAR: Pues, Sancho, no hay ocasión  
 para que más me detenga;  
 cuando de la guerra venga  
 tomaré resolución  
 en vuestra comodidad.

SANCHA: ¿Cuándo volverá, señor?

ÁLVAR: Si nos da el cielo favor,  
 no llegará a la mitad  
 el sol sin que vuelva aquí.

SANCHA: Pues piense que ha vuelto ya  
 y recíbame, y verá

el favor que tiene en mí,  
 que pienso rezar por él,  
 aunque en guerreros estilos,  
 a San Domingo de Silos.

ÁLVAR: Ya fuera, Sancho, crüel  
 a tan buena voluntad  
 si no os recibiera.

SANCHA: Digo  
 que mil veces le bendigo,

ÁLVAR: En ese monte esperad  
 mi buena o mala fortuna.

*Vase*

SANCHA: Con victoria os vuelva el cielo.

BOTIJA: (¿Qué le ha dicho este mozuelo, Aparte  
 si el preguntar no importuna?)

SANCHA: (Éste es Botija. ¡Ay de mí! Aparte  
 que pierdo, si me conoce,  
 mi pretensión.)

BOTIJA: No se emboce,  
 que no estoy por bestia aquí.  
 (A Sancha me huele el mozo.) Aparte

SANCHA: Pues ¿qué es lo que quiere?

BOTIJA: Quiero  
 preguntar a lo barbero,  
 ¿por qué no le sale el bozo  
 para que nos dé provecho,  
 que aquesse talle no es barro?  
 Barba muy a lo guijarro  
 no es de hombre de pelo en pecho  
 ¿Tiene hoyo la barbilla?

SANCHA: ¿Con esas preguntas viene?

BOTIJA: Dígolo, porque no tiene  
 de Adán más que la costilla.

SANCHA: ¿Sueña?

BOTIJA: Ayer soñaba yo.  
 Vaya conmigo; esté atento,  
 que en cierto despedimiento

cierta mañana se halló  
 su merced en cierto valle  
 que con cierto montañés  
 se abrazó. Lo cierto es  
 que fue sueño, escuche y calle.

Lloraron mucho, y llorado,  
 venímonos, y venido  
 sentimos mucho, y sentido  
 hablamos al Cid, y hablado  
 resultó que desperté  
 diciendo, "Sancha divina,  
 la invención es peregrina,  
 no te encubras por la fe  
 que debes a mi señor."

SANCHA: ¿Cómo, si es Martín mi dueño?

BOTIJA: Pues ¿no le digo que es sueño?

¡No ha estado linda la flor  
 del señorito! Entre manos  
 se me quiere hacer mujer.

SANCHA: Soñé yo también por ver.

BOTIJA: No hay que ver, que hay sueños vanos.

Pero, dígame también,  
 ¿qué dijo a aquel caballero?

SANCHA: Dije que servirle quiero.

BOTIJA: ¿Halo mirado muy bien?

Porque llegar a servir  
 al primero que topó,  
 y más si acaso dejó  
 buen amo, da que decir,  
 y tanto, que juro a Cristo  
 que estoy para hacer un hecho...

SANCHA: Ya está él alma en más estrecho;

ya sin fruto me resisto.

No fue liviandad, Botija.

BOTIJA: ¿Estás borracho, muchacho?

Por no llamarme borracho  
 me dió el nombre de vasija.

¿Qué dices?

SANCHA: Que estoy soñando,

y aun pienso que sueño ha sido,

porque aún no me he conocido.

BOTIJA: ¿Dónde has de estar esperando  
a tu señor?

SANCHA: Que le aguarde,  
dijo, en este monte.

BOTIJA: Sube.

SANCHA: Alguna dichosa nube  
porque a sus ojos me guarde,  
me dió en el disfraz el cielo.

BOTIJA: (Pardiez, que hoy ha de saber   Aparte  
Martín quién es la mujer.)  
¿Amores buscáis al vuelo?

*Salen el CID y MARTÍN, cada uno de su  
parte*

CID: Si premio hubiera faltado  
de honor, a un riesgo mortal,  
no tuviese un rey caudal  
para pagar a un soldado.

Con agradecido amor  
es bien que lo satisfaga,  
y no perdiendo en la paga  
le dé ventajas de honor;  
que un soldado estropeado  
no siente el dolor crüel,  
si sabe que dicen de él  
que peleó como honrado.

MARTÍN: (¡Que mi afrenta y mi temor,   Aparte  
que con mi dolor compiten,  
me traigan donde repiten  
todos liciones de honor!  
¡Qué he de hacer!)

CID: Ea, capitanes,  
entrad.

BOTIJA: Bien es si te esfuerzas,  
lo que perdiste en las fuerzas,  
que con la industria lo ganes.  
En tropa puedes sentarte,

porque, viéndote a su lado,  
pensarán que has peleado.

MARTÍN: Mil abrazos quiero darte  
por el buen consejo.

*Sale ÁLVAR Fáñez*

ÁLVAR: Vamos,  
antes que él moro vencido  
vuelva a ganar lo perdido.

MARTÍN: Por eso a entender le damos  
siempre lo que pierde en ello.

*Vanse ÁLVAR Fáñez y MARTÍN  
Peláez*

CID: ¿Dónde Martín puede estar?  
Su afrenta me ha de acabar,  
tengo el alma de un cabello.

SANCHA: (Sin duda el seso ha perdido; Aparte  
ansí su infamia previene,  
mas ¿quién tal ansí no tiene  
vergüenza de haber huido?  
A la mesá se ha sentado,  
no es el que buscaba yo;  
un mar de hielo cayó  
sobre mi pecho abrasado.  
¡Si viéredes más, mis ojos,  
me despedace un león!

BOTIJA: ¿Dónde vas?

SANCHA: (¡Ay, corazón, Aparte  
muerto entre penas y enojos!  
Pero por venganza honrosa  
del que tan sin honra vi  
al que por amo escogí  
daré la mano de esposa,  
y a un villano, si faltare,  
que una mujer ofendida



le dará el alma y la vida  
al primero que topare.)

*Vase*

BOTIJA: Mas ¿qué, se va de vergüenza  
de lo que mi amo ha hecho?  
Luego iré a templarle el pecho.

CID: Con buenos hechos comienza  
Martín a honrar a su tío.  
Ya en la montaña estarán  
juzgándole capitán.  
¿Qué diré en descargo mío  
que no multiplique enojos?  
Llamará quien le vio  
infame, pues se atrevió  
a ser cobarde a mis ojos.  
Pero quiero divertir  
el ánimo triste un rato.  
No merece hacer el plato  
a los que osaron morir  
tantas veces. ¿Quién los ve  
comer con tanto sosiego  
que juzgue un rayo de fuego  
la estampa de cada pie?  
¿Quién no tendrá a maravilla  
y a nuevo prodigio extraño  
que recoja aquel escaño  
la defensa de Castilla?  
Leones domesticados  
parecen en sus decoros,  
despedazando más moros  
que están comiendo bocados.  
Pero ¿quién es el que veo  
junto a Álvar Fáñez? ¿Sí es él?  
Mas no fuera tan crüel  
la Fortuna a mi deseo,  
que el premio de avergonzarlo  
nunca ha de osar admitillo  
quien tuvo ante su caudillo

temor para conquistarlo.

Mas como un cobarde está  
ciego en tan honrosas cuentas  
topa con honras y afrentas  
sin saber adónde va.

¡Vive Dios que no ha de estar  
más un momento en la mesa!

*Vase*

BOTIJA: A alguna afrentosa empresa  
va el Cid: ¿en qué ha deparar?

*Vase. Sale el CID sacando del brazo a MARTÍN Peláez, con  
una servilleta, un panecillo y un cuchillo*

CID: Sobrino, advertiros quiero  
que tiene mal proceder  
quien se convida a comer  
sin que le llamen primero.  
El convidaros comienza  
por acto de voluntad.  
Ir llamado, es amistad;  
sin llamaros, desvergüenza.  
Y esto, para entre los dos,  
que aunque son amigos caros,  
pues se fueron sin llamaros,  
quisieron comer sin vos.  
Demás que aquí se reparte  
la costa a los convidados,  
y de los que veis sentados  
puso cada uno su parte;  
que como ellos han cortado  
cabezas que África llora,  
lo que están comiendo agora  
por cabezas lo han echado;  
y así, no es razón que deis  
ocasión por tantos modos

a decir que compran todos  
lo que sin pagar coméis.

*Vase*

MARTÍN:       Vuestras razones notorias  
dicen del alma sentidas  
que aquí se dan las comidas  
a precio de las victorias.  
Si son los triunfos y glorias  
con lo que se han de comprar,  
claro está de averiguar  
que en vuestra mesa ofendida  
me negastes la comida  
por que la salga a buscar;  
    y aunque el pan me habéis dejado,  
Rodrigo, advertiros quiero  
que sin comprarle primero  
no he de comer ni un bocado.  
Laurel, tenedlo guardado  
como en depósito fiel  
y sed guarda tan crüel  
que aun a mí, si os lo pidiere  
no me lo deis, si no os diere  
una victoria por él.  
    Ea, afrentas, acabad  
vuestro curso acelerado.  
Si en la cumbre habéis tocado  
con la cabeza, bajad;  
que tiene tal calidad  
el honor precioso y bello  
que aunque luchéis por vencello  
ha de quedar superior,  
porque es gran parte de honor  
la vergüenza de perdello.

*Tocan al arma*

Ea, que el moro tocó  
segunda vez á embestir;  
la ocasión puedo decir  
que el cielo me la vendió.  
De mí he de vengarme yo  
tanto, que los que miraron  
las afrentas que cargaron  
sobre mi ofendido honor,  
viendo ahora mi valor  
presuman que se engañaron.

*Vase. Salen ÁLVAR Fáñez, NUÑO y el  
CID*

CID: ¡Qué, no os dejaron comer!

ÁLVAR: Antes se lo agradecemos,  
a les buscar, porque iremos  
más ligeros al vencer.

CID: ¿Quién se ha querido ofrecer  
a la batalla primero?  
¡Qué gallardo caballero!

ÁLVAR: Martín es quien nos convida.

CID: ¿Veis como no fue huidor  
sino astucia de guerrero?  
Socorramos a Martín,  
caballeros.

NUÑO: Ya embistió;  
por las batallas se entró.

ÁLVAR: Engañámonos al fin.

NUÑO: Apenas oyó el clarín  
cuando acometió valiente.

*Vanse todos, menos el CID*

CID: Ya desbarata la gente,  
y cual segador, espigas  
de cabezas enemigas  
tiene una muralla enfrente.

No vi más terrible osar;  
ya empieza el campo a temerle;  
con el contento de verle  
se me olvida el pelear;  
mas ¿qué espada ha de faltar,  
si el mundo en la suya estriba  
para que la fama escriba  
que la afrenta del huir  
la quiere agora cubrir  
con los cuerpos que derriba?

En no ayudarle acrisolo  
el honor que restauró,  
que pues él solo huyó,  
gane la victoria solo.  
Ya le ofrece el mismo Apolo  
para que a la envidia asombre  
su laurel.

*Salen peleando ABENÁMAR, LIDORO, MUZA y otros con  
MARTÍN*

ABENÁMAR: ¿Quién eres, hombre?

¿Álvar Fáñez, Laín u Ordoño?

MARTÍN: Soy un soldado bisoño  
del Cid, que aún no tengo nombre.

*Éntralos a cuchilladas*

CID: Ea, Martín, que fue el valor  
mientras lo encubristes, mas  
como el que da paso atrás  
para dar salto mayor.  
Ya puede llamarse honor  
su huida, que ofendellos,  
dando al cuchillo sus cuellos  
por no darles honra ha sido;  
que por haber él huído  
no quiere que huyan ellos.

Su espada es la vencedora,  
 Dios con vitoria la vuelva.  
 Por una acerada selva  
 de lanzas se arroja agora,  
 espada y brazo mejora,  
 y en su generoso aliento  
 se mezcla el Marte sangriento  
 con el rey. ¡Heroica empresa!  
 Ya bien merece la mesa,  
 que trae sobrado sustento.

Pero en tanto que pelean  
 quiero su campo apretar,  
 que la ocasión y el lugar  
 no lloran si se desean.

*Tocan al arma, y sale ABENÁMAR, el rey moro, ÁLVAR  
 Fáñez y MARTÍN Peláez*

ÁLVAR: Así tus vitorias sean  
 a las de Alejandro iguales.

MARTÍN: ¿Qué pides?

ÁLVAR: Que me señales  
 sola esa batalla aquí.

MARTÍN: Pues ¿fáltame esfuerzo a mí  
 para batallas reales?

ABENÁMAR: Antes te ha sobrado tanto,  
 que quiero competidor  
 no de tan alto valor.

MARTÍN: Luego ¿doyte más espanto  
 que Álvar fáñez?

ABENÁMAR: Yo sé cuánto,  
 pues una vez le vencí.

MARTÍN: Tuya es la batalla aquí;  
 mas si él te vence, ¿qué esperas?

ABENÁMAR: La muerte en sus manos fieras,  
 pues a sus manos volví.

ÁLVAR: Antes pagarte pretendo  
 la libertad de aquel día.

ABENÁMAR: Pues a tanta cortesía

hago mal si me defiendo.

Tu esclavo soy.

MARTÍN:               No pretendo  
que te adelantes jamás;  
para vencerle no más  
te concedí esta victoria,  
que yo he de ganar la gloria  
de la vida que le das.

Rey, el poder escaparte  
del peligro a que has llegado  
es por habernos juntado  
dos hombres para matarte;  
sigue tu propicio Marte,  
mas confiésate rendido  
de Álvar Fáñez, que él ha sido  
el dueño de esta amistad.

ABENÁMAR:       ¿Y quién me da libertad?

MARTÍN:       El mismo que te ha vencido;  
que aunque parte de esta gloria  
llegué a tener merecida,  
entre los dos repartida  
viene a ser corta victoria;  
cifre tu famosa historia  
esta hazaña en mi presencia,  
mas huye, moro, a Valencia,  
que si te vuelvo a encontrar,  
ni te podrá perdonar  
ni yo le daré licencia.

ABENÁMAR:       Parto a obedecer vencido  
de vuestro heroico valor.

*Vase. Sale SANCHA*

SANCHA:       Con vergüenza y con temor  
a su presencia he venido;  
ya los celos que he tenido  
los han de pagar mis ojos.

ÁLVAR:       No más triunfales despojos  
honran el templo de Marte;

deja que llegue a abrazarte,  
Martín.

MARTÍN: En perdiendo enojos

que recelos me han causado  
podrás llegarme a abrazar.

ÁLVAR: Nadie se llegó a enfadar  
conmigo.

MARTÍN: Pues yo me enfado.  
¿Qué tienes que responder?

ÁLVAR: Que, más que valor, ha sido  
soberbia la que has tenido.  
Pero déjame entender  
la causa por que te enfadas  
y satisfacción haré.

MARTÍN: Yo también te la daré.

ÁLVAR: ¡A mí! ¿Cómo?

MARTÍN: A cuchilladas.

ÁLVAR: ¿Por una vez que has mostrado  
valor, te quieres poner  
con el que supo vencer  
antes que fueras soldado?

MARTÍN: Por eso hay más que escribir  
los blasones que he tenido,  
pues en valor te ha vencido  
el que una vez viste huir;  
que, si lo que viendo voy,  
baldón alguno me das,  
tan descomedido estás  
como yo sufrido estoy.

Y advierte que fue el temor  
que estas glorias me previene  
lunar hermoso que tiene  
la imagen de mi valor;  
pero la alabanza mía  
dejo librada en mi espada,  
con más honra acreditada  
que da luz al mundo el día.

¿Hoy te ha llegado a servir  
un muchacho montañés?



ÁLVAR: ¿Es aquél acaso?  
MARTÍN: Él es.  
ÁLVAR: Pues ¿qué me quieres decir?  
MARTÍN: Que en mi casa se ha criado  
y por yerro te ha servido;  
que me lo vuelvas te pido.  
SANCHA: (Ya está en el pecho turbado Aparte  
el corazón; no quisiera  
ser de su daño ocasión.)  
ÁLVAR: Aunque tuvieras razón  
y para darla estuviera,  
por el modo que has tenido  
te la dejara de dar,  
que al pedirme han de rogar.  
MARTÍN: Pues yo mando cuando pido,  
y en la distancia que ves  
que hay del pedir al tornar,  
te quise dejar lugar  
para que el paje me des;  
pero, pues que no conoces  
lo que en pedirte ganas  
excusa ya voces vanas.  
ÁLVAR: Tú eres el que das las voces.  
MARTÍN: Pues en la fuente te espero  
del Cisne.  
ÁLVAR: Y verás allí  
si importa rogarme a mí.  
MARTÍN: (De rabia y de celos muero.) Aparte

*Vanse los dos*

SANCHA: ¡Que así hayan puesto los celos  
causados de mi venida  
en riesgo la mejor vida  
que han dado aliento los cielos!  
No me atrevo, estoy corrida,  
que yo a sus pies me arrojara  
para que grillos le echara  
a su atención atrevida.

*Sale BOTIJA*

BOTIJA: ¿Qué hay, mancebo?

SANCHA: Avisa al Cid,  
amigo, que tu señor  
y Álvar Fáñez--¡ay, amor!  
para temerosa lid  
se desafían.

BOTIJA: ¿Y va  
con ellos alguna gente?

SANCHA: Solos van.

BOTIJA: ¿Dónde?

SANCHA: A la fuente  
del Cisne.

BOTIJA: Pues no tendrá  
lugar su furioso intento.

*Vase*

SANCHA: ¡Que tanto los celos puedan  
que a toda amistad excedan!  
Iré en los hombros del viento,  
quizá les dará el Amor  
algún pacífico medio;  
que Amor suele hallar remedio  
en el veneno mayor.

*Vase. Sale MARTÍN Peláez con  
rodela*

MARTÍN: Dicen que abrasarse en celos  
es la causa no estimarse  
un hombre, porque presume  
que el competidor amante  
tiene más mérito que él;  
porque quien lo juzga sabe  
pues no conoce que el gusto

de errados desvelos nace.  
 Si hubiera elecciones justas,  
 fuera amor carga süave,  
 hubiera paces dichosas  
 y casamientos süaves.  
 Mas si del cuello de Adonis  
 de la belleza una imagen,  
 Venus mendigando gustos  
 va con Vulcano a casarse,  
 ¿por qué no ha de tener celos  
 el mismo Fénix de su áspid,  
 si las mujeres escogen  
 lo más humilde por fácil?  
 Celos, es razón que tenga,  
 no digo yo de ÁLVAR Fáñez,  
 que un esclavo, vive Dios,  
 recelo que me aventaje.  
 Si conoce que es mujer  
 no hay sufrimiento que baste;  
 la amistad y el parentesco  
 los he de borrar con sangre.

*Sale SANCHA*

SANCHA: (Amor, ¿por qué me acobardas, Aparte  
 si sabes que son bastantes  
 las disculpas de mi fe?  
 Mas si me atreví a dejarle  
 y mi inconstancia conoce,  
 razón es que me acobarde  
 la vergüenza, aunque sin culpa.)

MARTÍN: (Amor, ¿es causa bastante Aparte  
 el ver a Sancha que el pecho  
 entre volcanes se abraza  
 de celos? ¡Viven los cielos,  
 que viene por ÁLVAR Fáñez!  
 Enamoróse de verle  
 galán, entró por su paje  
 y creció su amor, por vernos

a él valiente, a mí cobarde.  
 ¡Quién pudiera reducirla!  
 Que, aunque es en belleza un ángel,  
 es en las demás acciones  
 mujer y podrá mudarse.)

*Sale ÁLVAR Fáñez*

ÁLVAR: (Cuando tan poco me importa Aparte  
 volverle a Martín Peláez  
 el paje, ¿he de ser tan rudo  
 que olvide amistad y sangre?  
 Que, aunque él procedió conmigo  
 atrevido y arrogante,  
 no hubo agravio entre nosotros  
 para que el honor se manche.  
 Mas ya me espera en el puesto,  
 y con risueño semblante  
 llega a hablar al pajecillo.  
 Delito será quitarle  
 su gusto. En hablando, pienso  
 firmar nuestras amistades  
 con lazo inmortal.)

MARTÍN: Escucha,  
 para que después me mates.

SANCHA: ¿Qué me quieres?

MARTÍN: Darte un alma  
 que despreciada arrojaste  
 del cielo de tu hermosura.

ÁLVAR: (No se le dicen a un paje, Aparte  
 Álvaro, aquestas razones.)

MARTÍN: Sancha, ¿tan presto quebraste  
 la fe de tu amor primero?  
 Aquellas finezas grandes,  
 aquellas lágrimas tuyas  
 que dejaron arrogantes,  
 más que si fueran del alba  
 las flores de nuestros valles,  
 que luego las consumieron?

Mira que no es bien te iguales  
 a los que en la corte viven  
 que sólo traiciones saben,  
 y del valor que he podido  
 entre moriscos alfanjes  
 mostrar el valor del pecho  
 otros podrán informarte.

ÁLVAR: (Ésta es mujer, y cual suele Aparte

el pajarillo ampararse  
 del águila que le sigue  
 por el imperio del aire,  
 a mi amparo se ha venido,  
 encubriendo de su amante  
 el alma con los deseos  
 y el cuerpo con los disfraces.  
 Mas ya que se ha descubierto  
 otra fugitiva Dafne,  
 otra Europa entre las flores  
 y otra suspensión de Paris.  
 Deje las selvas de Chipre  
 Amor, si ya de cobarde  
 no se atemoriza en verme  
 teñido de polvo y sangre.  
 Ganaré la montañesa  
 si para mi ofensa trae  
 más escuadrones que el griego  
 trajo en sus preñadas naves.)  
 ¿He tardado mucho?

SANCHA: No;  
 que para tratár de paces  
 entre parientes y amigos  
 jamás se ha llegado tarde.  
 En vuestra contienda injusta,  
 pues que de mi causa nace,  
 bien es que yo sea tercero.  
 Mi señor Martín Peláez  
 me echó de su casa un día,  
 y yo, viniendo a buscarle;  
 entré, en tanto que le hallaba,  
 a serviros.

MARTÍN: Dios te guarde  
al paso de mis venturas.

ÁLVAR: Pues ya que conmigo entraste  
me has de servir--¡vive Dios--  
porque no ha de ser bastante  
el miedo que ya le tienes.

MARTÍN: Pues nos hace el campo iguales  
en la defensa y las armas,  
verás cuando aquí te mate  
el respeto que me debes.

SANCHA: (¡Hay desdicha semejante!)      Aparte  
Señores, ¡que siendo amigos  
y tan parientes se maten!  
Mas ya los cielos piadosos  
trujeron quien los aparte.  
Mirad al Cid, caballeros.

ÁLVAR: ¡Cielos! ¿Quién pudo avisarle?

MARTÍN: ¿Qué haremos?.

ÁLVAR: Lo que yo hiciere.

*Recuestáanse en el suelo y sale el  
CID*

CID: (¡Que mal [disimular saben!      Aparte  
Porque en ocasión que el campo  
sigue el victorioso alcance  
para cercar a Valencia,  
no es bien que los Capitanes  
a descansar se retiren.  
Vendrán a desagraviarse  
de alguna afrenta, sin duda.)

ÁLVAR: Tres veces envió a llamar[le]  
el rey. Alzóle el destierro.

MARTÍN: Es en su corte importante  
nuestro tío.

CID: ¡Qué bien fingen!

ÁLVAR: Los casamientos que hace  
en orden a honrarle ha sido.

MARTÍN: Son ricos y principales

los condes de Carrión,  
aunque, si verdades valen,  
no partieron muy contentas  
nuestras primas.

ÁLVAR: Ya se sabe  
que os amaba tiernamente  
doña Sol:

MARTÍN: Amor constante  
os mostraba doña Elvira.

CID: (¡Qué tiernos discursos hacen      Aparte  
para encubrir sus agravios!  
Que será bueno dejarles  
reñir, que si agora estorbo  
las intenciones que traen  
serán con la paz fingida,  
en mi presencia cobardes,  
y después como ofendidos  
podrán volver a matarse.  
Más vale que en mi presencia  
riñendo se desagravien,  
que con las espadas fuera  
pienso que será bastante  
a concertarlos.) Sobrinos,  
¿agora gozáis el aire  
cuando los demás trabajan?

ÁLVAR: Como nos toca la parte  
del mayor trabajo, es bien  
que el espíritu descansa.

CID: Hoy veré quién es Martín,  
veré quién es ÁLVAR Fáñez,  
porque mi rojo pendón  
quisiera verle colgarle  
sobre la torre más alta  
del muro; mas no ha de darse  
sino al mejor Capitán,  
al de valor más constante  
en el peligro, que fuera  
la desdicha más notable  
que le viniera a Rodrigo  
si el rojo pendón ganase

el moro; y así querría,  
supuesto que os juzgo iguales,  
que miréis cuál de los dos  
puede al peligro arrojarse.

ÁLVAR: Sólo yo llevarle puedo.

MARTÍN: Yo sólo puedo llevarle.

CID: Alto, pues, sólo el valor  
es bien que del alma saque  
la duda.

MARTÍN: Dadnos licencia,  
veréis en pequeño instante  
quién vuestro pendón merece.

CID: Como eso no más se aguarde,  
licencia y campo tenéis.

SANCHA: (¡Buen modo de concertarles! Aparte  
Todo en la guerra es furor,  
todo es duelo, todo es sangre.)

ÁLVAR: (¡Dichosa ocasión ha sido!) Aparte

MARTÍN: (Agora podré vengarme.) Aparte

CID: Mirad que la cortesía  
ni la amistad no os engañen,  
porque al que viere vencido  
lo he de juzgar por cobarde.

MARTÍN: Primero veréis mi muerte  
que me dé atributos tales  
vuestra lengua.

ÁLVAR: En sangre mía  
veréis el campo bañarse  
antes que el rojo pendón  
ajenas fuerzas le ganes.

*Riñen*

CID: Cese el enojo, sobrinos,  
que en valor y fuerza iguales  
podéis hacer competencia  
en su quinto cielo a Marte.  
Yo he de llevar el pendón,  
por que ninguno se agravie.



Vuestro recibido enojo  
en el campo ha de quedarse,  
porque no ha de haber agravios  
donde el Cid hace las paces.  
Daos los brazos.

SANCHA:                   Dete el cielo  
por dilatadas edades  
más que a Alejandro vitorias.  
¡Que los he visto abrazarse!

*MARTÍN Peláez y ÁLVAR Fáñez  
hablan aparte*

MARTÍN:     Álvar Fáñez, dame a Sancho.  
ÁLVAR:     No quiero, Martín Peláez.  
MARTÍN:     Pues yo os mataré en Valencia.  
ÁLVAR:     Pues allá habrá quien os mate.  
CID:        Si los deudos son amigos,  
              ¿qué contrario ha de esperarles?

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

---

## JORNADA TERCERA

---

*Sale ORDOÑO dando voces*

ORDOÑO:        ¡Ah, invencibles castellanos!  
                  Al real que se recoja  
                  la gente, que le despoja  
                  el moro. Apretad las manos;  
                  que si no hacéis resistencia  
                  y aquí vengáis vuestro ultraje,  
                  os lleva todo el bagaje  
                  el rey moro de Valencia.

*Tocan dentro a retirarse y sale BERMÚDEZ con  
la espada desnuda*

BERMÚDEZ:     ¿Quién ha mandado tocar  
                  a tal punto a recoger,  
                  cuando llegando a poner  
                  las escalas y a pisar  
                  la corona de los muros  
                  que el pagano defendía  
                  casi vio el Cid este día  
                  los castellanos seguros  
                  y señores de Valencia?

*Sale un SOLDADO*

SOLDADO:     ¡Qué donosa retirada,  
                  cuando está medio ganada  
                  la ciudad!

*Sale ÁLVAR Fáñez*

ÁLVAR:                ¡Que haya paciencia  
                              que a la voz de un atambor  
                              retirándose perdido  
                              es la ocasión el ruido  
                              hechizo de algún traidor!

*Sale el CID*

CID:                A todos los atambores  
                              de mi campo haced colgar  
                              de esos robles. ¿Retirar  
                              a tal ocasión, traidores?  
                              ¡Por vida de mi Ximena,  
                              que a saber quién lo mandó...!

ORDOÑO:        Rodrigo de Vivar, yo;  
                              si merezco alguna pena.  
                              Tocar hice a retirar  
                              porque, después de asaltado  
                              el muro, habiendo dejado  
                              sin gente el real y robar  
                              el bagaje y bastimento,  
                              por el moro que salió  
                              encubierto y aguardó  
                              a ver nuestro alojamiento  
                              sin guarnición ni soldados,  
                              todo el despojo y tesoro  
                              que en tantos meses al moro  
                              quitaste, gente y ganados  
                              y mujeres, sin dejar  
                              cosa de importancia, lleva;  
                              ved si merece esta nueva  
                              que toquen a retirar.

CID:                Al alcance, pues, amigos,  
                              que dejar sin guarnición  
                              el real dio la ocasión

a este daño; sean testigos  
 ellos mismos por su mal  
 del valor que os acompaña.  
 ¡Alarma! No diga España  
 que el moro os despojó el real.

ORDOÑO: Por las huertas van, seguid  
 sus pasos.

TODOS: ¡Alarma!

CID: De esto,  
 ¿qué dirá Alfonso el sexto?  
 ¿Qué dirá España del Cid?

*Vanse. Toca alarma, sale MARTÍN  
 Peláez con la espada desnuda*

MARTÍN: ¿Qué alboroto puede ser  
 el que nuestro real provoca  
 que agora a rebato toca  
 y tocaba a recoger?  
 ¡Buena ocasión ha perdido  
 el Cid con su retirada!  
 Tuve una torre ganada  
 y el moro casi rendido,  
 y no sé con qué consejo  
 el campo se retiró;  
 pero más sabe que yo  
 el Cid y es prudente y viejo.

*Sale BOTIJA llorando*

BOTIJA: ¡Ay, rocín del alma mía!  
 ¿Qué hará Botija sin vos?  
 Para renegar de Dios  
 os lleva la morería.  
 Muy bien pudiera el perrazo,  
 antes de entrar en Valencia,  
 daros, mi rocín, licencia  
 siquiera para un abrazo.

Mas, como sois de importancia,  
sin dejaros despedir,  
ojos que vos vieron ir,  
no os verán tornar a Francia.

Viendo me quedo este día,  
porque no tendrá, por Dios,  
otro rocín como vos  
toda la rocinería.

No se vió cabalgadura  
que tuviese, ya que empiezo,  
como vos cola y pescuezo,  
una legua de andadura.

Allá os vais con el bagaje,  
mi rocín, mi pino de oro,  
y afrentaréis, siendo moro,  
todo el rocinal linaje.

Yo a pata y sin un real  
diré de noche y de día,  
"¿Adónde estás, bestia mía,  
que no te duele mi mal?"

MARTÍN: Botija, ¿qué llanto es ese?

BOTIJA: ¡Ay de mí! Peláez Martín;  
renegó nuestro rocín;  
ved si es justo que me pese.

En dándole medio pienso  
por un haz de mielga fui,  
y apenas del real salí,  
cuando, menos que lo pienso,  
el moro robó el bagaje,  
y Sancha, de hombre vestida,  
va cautiva y afligida  
sin aprovecharle el traje.

Hasta el medio celemín  
y el arnero se llevó;  
pero lo que siento yo  
es el verá mi rocín,  
que, apenas el pobre toca  
la cebada que le di,  
cuando llevárselo vi  
con el bocado en la boca,

aunque sin albarda y cincha,  
 y en medio de su tristeza  
 volvió el pobre la cabeza,  
 y mirándome relincha,  
 diciendo, "Botija, adiós,  
 que, pues llevo amo segundo,  
 si no es en el otro mundo  
 no nos veremos los dos."

MARTÍN: ¿El bagaje lleva el moro?

BOTIJA: Sí, y el Cid le va siguiendo.  
 ¿No oyes la grita y estruendo?

MARTÍN: Y mi Sancha, a quien adoro,  
 ¿va cautiva?

BOTIJA: Y mi rocín  
 llevado de los cabellos.  
 ¡Ah, perros! ¡Martín, a ellos!  
 ¡Démosles un San Martín!

MARTÍN: No tiene amor quien espera,  
 mi Sancha, vuestra prisión.

BOTIJA: Librádmele, San Antón,  
 y os daré un rocín de cera.

*Vanse. Tocan al arma y dase la batalla.*

*Después de algunas salidas, sale MARTÍN acuchillando  
 a AMETE y CALÍN*

MARTÍN: No lograréis los despojos,  
 perros, que del real lleváis.

AMETE: ¡Favor, Alá!

MARTÍN: ¿Tembláis?  
 Mientras no vieren mis ojos  
 a Sancha, que es la luz de ellos,  
 no ha de quedar moro a vida.

CALÍN: Oye.

MARTÍN: ¡Ay, Sancha querida!  
 ¿Qué he de hacer si vivo en ellos?

*Vanse. Sale un MORO acuchillando a BOTIJA, armado a  
 lo gracioso*

BOTIJA:        ¡Ay, que me matan, Martín!  
                   ¡Ah, Martín Peláez! Señor,  
                   este moro esgrimidor  
                   tras llevarme mi rocín  
                   me quiere matar.

MORO:                        ¡Ah, perro!

BOTIJA:        MARTÍNico, ¿por qué no me vales,  
                   que galgos me matan a tus umbrales?

MORO:        No huyas.

BOTIJA:        Haga allá el hierro,  
                   señor moro, así se vea  
                   regidor de su lugar,  
                   o si es que sabe cantar  
                   misa, cante allá en su aldea.

MORO:        Muerte he de darte.

BOTIJA:                        ¿Quién? ¿Él?

MORO:        Yo te tengo de acabar.

BOTIJA:        ¿Y si queda irregular  
                   descolgado de un cordel?  
                   Que nueso alcalde, por Dios,  
                   si de matarme se huelga,  
                   como perdices los cuelga  
                   del rollo, de dos en dos.

MORO:        ¡Ea!

BOTIJA:        No hay por qué matarme,  
                   que ya me muero de miedo.

MORO:        ¡Ah, cobarde!

BOTIJA:        Estése quedo;  
                   ¿no ve que puede lisiarme?  
                   ¡Válgame Dios, y qué extraño  
                   y qué porfiado está!

MORO:        ¡Ea, perro!

BOTIJA:        Acabe ya;  
                   ¿ha de durar esto un año?  
                   ¡Ah, Martín, que están matando  
                   a tu Botija! Ven presto,  
                   dame un confesor.

*Sale MARTÍN*

MARTÍN:                   ¿Qué es esto?  
                               ¿Qué tienes?

BOTIJA:                 Aquí andan dando,  
                               sin haberle hecho mal,  
                               este moro de esta tarde  
                               en sacudirme.

MARTÍN:                 ¡Ah, cobarde!  
                               ¿Es más de uno? ¿No es tu igual?

BOTIJA:                 ¿No ves que tira el perrazo  
                               como un trueno? Belcebú  
                               le espere.

MARTÍN:                 Tírale tú  
                               otro, pues tienes buen brazo.  
                               Haz cuenta que al pie de un roble  
                               con el hacha vas a darle  
                               golpes hasta derribarle,  
                               que yo tuve miedo doble,  
                               y empezando a pelear  
                               les perdí todo el temor.  
                               Gente es sin fuerza y valor.  
                               Mira, así es como has de darle.

*Dale*

MORO:                 ¡Ay, Mahoma, que me han muerto!

MARTÍN:                Dale, llega, dale así.

BOTIJA:                Estéseme quedo aquí  
                               y verá cómo le acierto.

*Dale*

MORO:                 ¡Ay!

BOTIJA:                ¡Matéle!

MARTÍN:                ¿No lo ves?

BOTIJA:                ¡Pardiez; que se murió presto!



¿Esto es matar moros?

MARTÍN: Esto.

BOTIJA: Déjeme con ellos, pues,  
que yo les daré una mano  
que se espante quien me viere.

MARTÍN: Ven.

BOTIJA: Tan fácilmente muere  
un moro como un cristiano.

*Vanse. Salen ÁLVAR Fáñez y  
ORDOÑO*

ÁLVAR: Entróse el moro en Valencia  
con la presa que robó;  
sólo la gente dejó  
que iba cautiva.

ORDOÑO: Prudencia  
digna de desgracia tal.

*Sale el CID*

CID: ¿Una vez sola que falto  
os vais todos al asalto  
y dejáis sin guarda el real?  
En vosotros mismos hoy  
tendréis el justo escarmiento.  
Llevado os ha el bastimento  
y hacienda; contento estoy  
de que padezcáis la pena,  
pues todos estáis culpados;  
de pelear venís cansados,  
y el moro os lleva la cena.  
No tengo que os castigar,  
por mí el moro os da el castigo,  
pues, como si fuera amigo,  
le habéis dado de cenar.  
Él vuestra locura enfrene,  
que, mientras comiendo está,  
yo apostaré que dirá

que el que no guarda no cene.

*Vase*

ORDOÑO: El Cid nos corrió y se fue.

ÁLVAR: Y con sobrada razón.

¡No fuera en esta ocasión  
más temprano!

ORDOÑO: ¿Para qué?

ÁLVAR: Para escalar ese muro

y quitarle de la mesa,  
como harpía, vida y presa,  
que el moro goza seguro.

No tenga en mis venas yo  
sangre noble y castellana  
si no vengare mañana  
lo que hoy el moro causó.

Que restaurando la afrenta  
que del Cid a sufrir llevo,  
cenara, y yo hiciera luego  
sin la huésped la cuenta.

ORDOÑO: O yo perderé la vida,

o mañana en el asalto,  
de sangre y de vida falto,  
seré del moro homicida.

..... [-é]

En la ciudad y en las puertas,  
dándolas al Cid abiertas,  
su agravio satisfaceré.

Verá el moro si le cuesta  
tan barato el robo.

ÁLVAR: Vamos,

que si esta noche ayunamos  
mañana será la fiesta.

*Vanse. Sale MARTÍN Peláez*

MARTÍN: ¿Sancha cautiva y vivo el que la adora

¿Cómo pareceré, cielo, en presencia  
 del gran Rodrigo y de su gente toda,  
 o sin mi Sancha y él sin su Valencia?  
 Cubierto vengo de la sangre mora,  
 que sin poder hacerme resistencia  
 el claro acero de mis armas mancha.  
 Mas ¿qué importa, si vuelvo sin mi Sancha?

*Sale el CID*

CID:            Martín, ¡vivo vos! ¿Se atreve  
 a asaltar el real el moro  
 sin que vuestro valor pruebe?  
 ¿Vos consentís que el tesoro  
 y el bastimento se lleve,  
           y no le quitáis la presa,  
 ni a que os venguéis os provoca?  
 Yo sé cuando, en cierta empresa,  
 con el bocado en la boca,  
 os hice alzar de la mesa  
           donde mi gente comía,  
 y vos, de aquesto afrentado,  
 comprastes desde aquel día  
 tan caro cada bocado,  
 que un moro el menor valía.  
           Desde entonces, bien segura  
 pensé yo tener con vos  
 mi mesa y vuestra ventura.  
 Juntos comimos los dos  
 en más de una coyuntura;  
           convidado vengo a ser  
 vuestro agora. De cenar  
 me dad, si os di de comer,  
 y si no halláis que me dar,  
 el moro os podrá vender  
           lo que el descuido le ha dado  
 de mis soldados seguros,  
 pues mientras mi campo armado  
 desmantelaba sus muros,

mi mesa ha desmantelado.

Ea, a cenar con vos vengo,  
siendo vuestro capitán.

¿Tenéis que darme?

MARTÍN:                    Sí tengo;  
en este árbol hay un pan  
con que mi valor mantengo.

*Saca del tronco de un árbol un pan y una  
servilleta*

Cuando, por ser yo cobarde,  
con la servilleta puesta  
y el pan hicistes alarde  
de lo que la fama cuesta,  
y yo volví, aunque tarde,  
prudentemente avisado  
por vuestro castigo, en él  
faltando el primer bocado,  
puse el pan en el laurel  
que hasta aquí me lo ha guardado.

Desde entonces, cada día  
que alarma el tambor tocaba,  
si temor en mí sentía,  
el pan del laurel sacaba  
y mirándole decía,

"Esfuerzo mi valor tome,  
Martín, aunque el miedo os dome  
de ver la espantosa lid,  
porque en la mesa del Cid  
quien no lo gana no come."

Y de esta suerte el valor  
he adquirido que te di;  
pues podré afirmar, señor,  
que el pan que con vos comí  
le gané con mi sudor.

Con él agora os regalo.  
Tomadle, que os aseguro  
que al plato mejor le igualo,

y si os pareciere duro,  
a buen hambre no hay pan malo.

Mas diréis, según colijo,  
que si a secas os le dan,  
escaso banquete elijo,  
y que no sólo de pan  
vive el hombre. Dios lo dijo.

Mas, por que no lo digáis  
tened, el mío Cid, paciencia,  
que si un poco esperáis,  
yo os buscaré en Valencia  
cosa con que lo comáis.

*Vase, desenvainando la espada*

CID:           Martín Peláez, oye, espera;  
el Cid te manda que aguardes.  
¡Ah, buen español! ¡Pluguiera  
a Dios que de estos cobardes  
mil mi ejército tuviera!  
¡Oh, pan sabroso, el mejor  
que ha sustentado mi casa!  
La honra os dio harina en flor,  
con sangre mora os amasa  
y en el horno del valor  
os cuece el atrevimiento.  
Hoy, mis nobles castellanos,  
haceros banquete intento.  
Martín restauró en mis manos  
el robado bastimento.  
A un pan somos convidados  
que es fuerza que bien os sepa;  
venid a comer, soldados,  
porque, aunque a bocado os quepa,  
valen mucho estos bocados.  
Convidados de Martín  
somos; hacedle favor,  
que aunque es pan principio y fin,  
amigos, pan y valor

no es pan a secas, en fin.

Y vos, Martín, a quien dan  
renombre inmortal, decid  
que aunque es vuestro capitán,  
os podéis preciar que el Cid  
ha comido vuestro pan.

*Sale BOTIJA de moro gracioso y SANCHA de  
cautivo*

BOTIJA: Sancha, si estáis cautivada,  
acá estamos todos.

SANCHA: Pues  
¿qué traje es éste?

BOTIJA: ¿Os agrada?

SANCHA: ¿Eres moro?

BOTIJA: Por un mes.

SANCHA: Como mozo de soldada.  
¿Dónde vais de esta manera?  
¿Dónde dejas a Martín?

BOTIJA: Él libertaros espera,  
yo vo a ver a mi rocín,  
porque sin él no me muera.  
Mas si de aquestos galgazos  
quiere excusar los pesares,  
libraránle estos dos brazos,  
él tirándolos a pares,  
yo dando a nones porrazos.  
Desde que aprendí a matar  
moros, no les tengo miedo.

SANCHA: ¡Siempre de humor has de estar!

BOTIJA: Sin mi rocín, ¿cómo puedo,  
Sancha mía, sosegar?  
Mas, ¿cómo os va a vos, decí,  
después que estáis cautivada?

SANCHA: Trújome el rey moro así,  
y en fe que de mí se agrada  
se quiere servir de mí.

BOTIJA: Pues ¿sabe que eres mujer?

SANCHA: En reputación estoy

de hombre.

BOTIJA:           ¿Y muestra placer  
en veros?

SANCHA:           Dice que soy  
un ángel.

BOTIJA:           De Lucifer.  
No tenga después el Papa  
que absolver.

SANCHA:           ¡Donoso estás!

BOTIJA:        Si mi amo no os escapa,  
echaos una chapa atrás  
y seréis mujer de chapa.

SANCHA:        Sólo quiere que de paje  
le sirva.

BOTIJA:        Si en vos repara  
y os desconoce en el traje,  
habladle cara con cara,  
que a traición no es buen lenguaje;  
que si Martín desde hoy más  
sabe esto y pasa adelante,  
tendrá celos a un compás  
de Álvaro Fáñez por delante  
y del moro por detrás.

SANCHA:        Anda, necio, en estos baños  
que están fuera de Valencia,  
aunque a sus muros extraños,  
pueden en cualquier violencia  
asegurarnos de daños.

El rey servirle me manda  
y agora a bañarse viene.

BOTIJA:        Si Martín en tal demanda  
de aquesto noticia tiene,  
llevará el rey una tanda...

SANCHA:        ¡Buena flema y necedad  
es la tuya! El rey es éste.

BOTIJA:        Pues, Sancha, disimulad  
quien sois, porque no nos cueste  
trunfo el decir la verdad.

SANCHA:        Que te escondas es mejor,

no sepa el rey que has entrado  
aquí, que es lugar vedado.

BOTIJA: Aunque ya perdí el temor,  
me quiero esconder por ti,  
y en requebrándote el galgo  
a darle dos cabezas salgo  
de los más lindos que vi.

*Escóndese BOTIJA y sale ABENÁMAR*

ABENÁMAR: ¡Sancho!

SANCHA: ¡Señor!

ABENÁMAR: ¿Estás solo?

SANCHA: Solo ha rato que te espero.

ABENÁMAR: Solo yo también te quiero  
más que a Dafne quiso Apolo.

BOTIJA: (¡Oste putol que os chamuscan, Aparte  
moro, si en mi tierra os cogen.

ABENÁMAR: Mis palabras no te enojen  
que lo que piensas no buscan.  
Yo he sabido con certeza  
que eres mujer.

BOTIJA: (Por ahí, vaya.) Aparte

SANCHA: ¡Yo mujer! No habrá quien haya  
dicho tal.

ABENÁMAR: Esa belleza  
lo está diciendo a voces,  
y el alma que es adivina,  
en fe que a tu amor se inclina  
quiere que mi reino goces.  
De mi esposa tendrás nombre;  
mira que por ti estoy loco;  
dame...

SANCHA: Señor, poco a poco,  
que soy cristiano y soy hombre,  
y puesto que estoy cautivo  
tengo valor castellano.

ABENÁMAR: El encubrirte es en vano,  
y advierte que si recibo



desdén, en pago de amarte  
harás que otro medio elija.

BOTIJA: (El perrazo se embotija, Aparte  
y aunque estoy en buena parte  
escondido, a pocas veces  
que ladre, iré en su socorro,  
y haráme que andando al morro  
le dé un pan como unas nueces.)

ABENÁMAR: Cristiana, dame esos brazos;  
mi amor paga aquesta vez.

SANCHA: ¡Vive Dios, si descortés  
fueres, que te hago pedazos!  
Mal sabes, moro, el valor  
que a estimar mi ley me esfuerza.

ABENÁMAR: ¡Crüel, ingrata, por fuerza  
has de dar fruto a mi amor!

*Vanse*

BOTIJA: Tras ella voy en su ayuda.  
Galguito, si andáis salido  
aguardad; mas ¿qué ruido  
en miedo mi ánimo muda?

*Sale MARTÍN Peláez*

MARTÍN: Subí al muro por la pica,  
que si es honroso el trabajo,  
el más soberbio es más bajo.  
La ciudad se comunica  
con estos baños y huertas,  
que, aunque fuera de ella están,  
los que aquí vienen y van  
en sus muros tienen puerta.  
De noche es ya; podrá ser  
que obligado del calor,  
por resistirle mejor,  
querrá el rey ahora hacer

en sus baños asistencia,  
 y que mi suerte sea tal  
 que, si él ha ganado el real,  
 que le gane yo a Valencia.  
 Al ejército he avisado  
 que, en viendo en los muros fuego,  
 a lo alto acuda luego.  
 El Cid es mi convidado;  
 si por principio de cena  
 a Valencia le presento,  
 convite le hago opulento.  
 Ea, pues, noche serena,  
 a costa de estos paganos  
 dame para él esta presa;  
 ve que le dejo en la mesa  
 y con el pan en las manos  
 Mas ¿con quién he tropezado?

*Tropiega con BOTIJA*

¿Quién está aquí?

BOTIJA: (De esta vez Aparte  
 me juntan haz con envés  
 si me hallan en lo vedado.)

MARTÍN: ¿Quién es?

BOTIJA: (Eso no. ¡Mal haya Aparte  
 quien en esto me metió!

MARTÍN: ¿Quién es?

BOTIJA: ¿No ve que soy yo?

MARTÍN: ¿Quién?

BOTIJA: Un moro de Vizcaya  
 que ando en busca de un rocín...

MARTÍN: Si ser posible pudiera,  
 que era Botija dijera.

BOTIJA: (No dirán son que es Martín Aparte  
 mi amo, en la voz; quizá  
 a buscar a Sancha vino.)

MARTÍN: ¿Quién sois?

BOTIJA: Moro vizcaíno.

- MARTÍN: Eso no, que no hay allá  
moros; todos son hidalgos.  
¿Quién sois?
- BOTIJA: Porque no me aflija,  
yo soy el moro Botija,  
que, andando a caza de galgos,  
siendo liebre, represento  
agora un mundo al revés.
- MARTÍN: ¡Botija!
- BOTIJA: ¿Mi Martín es?  
Loco me vuelve el contento.
- MARTÍN: Cautivo debes estar.
- BOTIJA: ¿Yo cautivo? ¡Malos años!
- MARTÍN: Pues ¿quién te trujo a estos baños?
- BOTIJA: Mi rocín vengo a buscar  
injerto en moro, y a vos  
Sancha os debe de traer;  
pero si la queréis ver,  
daos prisa, pues, par Dios,  
que el rey, sabiendo que es hembra,  
por la huerta va tras ella,  
que quiere probar si en ella  
un par de MARTÍNes siembra.
- MARTÍN: ¿Qué dices, loco? ¿Está aquí  
el rey moro?
- BOTIJA: Requebrando  
a Sancha, que renegando  
de sus amores la vi.  
Huye de él como una gama  
y si os la agarra, por Dios,  
que os nazcan de dos en dos  
y el moro os sople la dama.
- MARTÍN: Mi ventura me ha traído  
a tan dichosa ocasión.  
Luces en el muro pon,  
pues a tal tiempo has venido  
que en los baños hallarás  
lumbre con que el Cid acuda  
y venga a darnos ayuda.
- BOTIJA: Pues, tú, señor, ¿dónde vas?

MARTÍN: A dar a Sancha favor,  
 muerte al descuidado Rey,  
 Valencia al Cid y a mi ley  
 y fin dichoso a mi amor.  
 Todo el campo está avisado,  
 y sólo espera del fuego  
 la señal.

BOTIJA: Voy por el fuego,  
 pues tú el temor me has quitado.  
 Sólo el rocín me da pena.

MARTÍN: Hoy mi esfuerzo al Cid dará  
 a Valencia, y no dirá  
 que ha tenido mala cena.

*Vase. Salen SANCHA y ABENÁMAR*

ABENÁMAR: ¿De qué te sirve, crüel,  
 a mi firme amor huir,  
 si no te has de convertir  
 como la ninfa en laurel?  
 Escarmienta, ingrata, en él,  
 y la fe con que te adoro  
 estima.

SANCHA: No hay fe en un moro;  
 déjame.

ABENÁMAR: Mal dejará  
 la mesa el que hambriento está,  
 y el que es avaro el tesoro.

SANCHA: Que soy castellano advierte,  
 y que la sangre española  
 que me anima basta sola  
 a librarme, y darte muerte.

ABENÁMAR: Dámela, y sea de suerte  
 que a morir venga a tus brazos.

SANCHA: Será haciéndote pedazos.

*Tómala las manos*

ABENÁMAR: A ser descortés comienzo,  
por ver si tu rigor venzo,  
viniendo con él a brazos.

SANCHA: Indignamente eres hombre,  
pues, sin intentarlo el bruto,  
por fuerza apetece el fruto  
de amor.

ABENÁMAR: Eso no te asombre.

SANCHA: Ah, Martín Peláez...

*Sale MARTÍN Peláez*

MARTÍN: Mi nombre  
escucho.

SANCHA: ...a estar vos aquí  
no me afrentaran así  
infieles brazos.

MARTÍN: Sí, estoy,  
Sancha. Vuestro Martín soy.

ABENÁMAR: Pero, ¿quién te metió aquí?

MARTÍN: Soy tu muerte; para ella,  
moro, no hay puerta cerrada,  
que va, cobarde, en mi espada  
que a mi Sancha has de ir por ella.

ABENÁMAR: ¡Mahoma! ¿Cómo atropella  
al rey de Valencia así  
solo un hombre?

MARTÍN: Viene en mi  
todo un mundo de valor.

ABENÁMAR: ¿Eres infierno?

MARTÍN: De amor.

ABENÁMAR: Ayuda, moros aquí.

*Vanse los dos. Sale BOTIJA*

BOTIJA: Con lengua de fuego llama  
la ocasión a nuestra gente.

SANCHA: ¡Ay Martín Peláez, valiente!

Bien pagará quien bien ama.

¿Botija?

BOTIJA:               ¿No ves la llama  
que a nuestro ejército avisa?  
No escuchas tocar aprisa  
a rebato?

SANCHA:               Sí.

BOTIJA:               El Cid viene;  
ea, que mañana tiene  
de oír en Valencia misa.

*Cajas, y dice el rey moro ABENÁMAR dentro*

ABENÁMAR:       Alarma, moros, que el Cid  
asalta los baños reales.

BOTIJA:       Almoneda de almanfales  
tengo de hacer

ABENÁMAR:       Acudid,  
y al cristiano resistid,  
si para él hay resistencia.

BOTIJA:       Remuérdeme la conciencia,  
Sancha. Escóndete, que voy  
a matar dos perros.

SANCHA:               Hoy  
gana Martín a Valencia.

*Vanse. Dice dentro ORDOÑO y ÁLVAR  
Fáñez. Luego salne acuchillándose con dos  
MOROS*

ORDOÑO:       ¡Vitoria! que los pendones  
del Cid guarnecen los muros  
de Valencia, y ya seguros  
la asaltan sus escuadrones.

TODOS:       ¡Vitoria!

ÁLVAR:               Gracias a Dios,  
deseos, que estáis cumplidos.

MORO 1:       Muertos, sí; mas no vencidos

nos has de ver a los dos.

ÁLVAR: ¿Sabéis quién soy?

MORO 2: Bien sabemos  
que eres Álvar Fáñez.

ÁLVAR: Pues  
¿cómo no ponéis mis pies  
en vuestros cuellos, blasfemos?

MORO 1: Porque vivir sin Valencia  
es vivir vida afrentada.

ÁLVAR: Quebrádoseme ha la espada.

MORO 2: Morirás sin resistencia.  
En ti podemos vengar  
parte del mal que recibe  
del Cid nuestra nación.

ÁLVAR: Vive  
en mí, valor singular  
que más que la espada vale,  
y cuando muera, al fin muero  
vencedor.

*Sale MARTÍN Peláez*

MARTÍN: Ea, Cid, hoy quiero  
darte un convite que iguale  
al precio de esta ciudad.  
Mas ¿qué es lo que miro, cielos?  
¿No es la causa da mis celos  
con quien tengo enemistad  
éste que está sin espada  
y muerte dos moros dan?  
Hoy mis agravios verán  
que la nobleza heredada  
se sabe vengar aquí.  
¡Ea, Álvar Fáñez, a ellos!  
Ya huyen, para vencellos  
amigo tenéis en mi,

*Huyen los MOROS*

y mientras se aposiona  
de Valencia el Cid, hagamos,  
pues solos y A tiempo estamos,  
nuestro desafío.

ÁLVAR:                   Perdona,  
                                  que con quien me dio la vida  
yo no he de tener pendencia.

MARTÍN:     El Cid ha entrado en Valencia  
y el moro va de vencida.

                          La respuesta es excusada,  
                          haz la batalla conmigo,  
                          pues aquel moro enemigo,  
                          se ha dejado aquí la espada.

ÁLVAR:       Martín, cuando yo quisiera  
a tu Sancha con exceso,  
pues la vida, te confieso,  
que me has dado, te la diera.

                          Yo no he de reñir contigo,  
                          matarme puedes si quieres.

MARTÍN:     Cortesano, Álvaro, eres;  
desde hoy quiero ser tu amigo.

                          Mas, oye que la presencia  
del Cid nos sale a alegrar.

ÁLVAR:       Entra, Martín, a triunfar  
pues le has ganado a Valencia.

*Salen el CID y PAYO Peláez con  
acompañamiento*

CID:           Martín Peláez, bien cumplís  
vuestra palabra y promesa;  
ya podéis alzar el pan,  
pues me habéis dado tal cena.  
Venturosa cobardía  
para todos fue la vuestra;  
pero el sol que sale tarde  
mejor alumbra y más quema.  
Dadme vuestros brazos.



MARTÍN:                    Señor,  
                               en otro plato quisiera  
                               daros por postre a Granada  
                               como por ante a Valencia.

CID:                    Como vos, Martín Peláez,  
                               viváis, que me veré en ella  
                               por dueño. Hablá a vuestro padre.

MARTÍN:            Vengáis, señor, norabuena;  
                               dadme a besar vuestros pies,  
                               que es lo que mi alma desea.

*Salen BOTIJA y SANCHA, ya en hábito de  
 mujer*

BOTIJA:            Danos a besar tus pies.  
                               Sancha, tu dama, es aquesta  
                               que, temerosa de haber  
                               dado causa a tu celera...  
                               .....

CID:                    La historia sé, y con licencia  
                               de mi buen Payo Peláez,  
                               Sancha vuestra esposa sea.  
                               Yo la doto en una villa  
                               y en un barrio de Valencia.

PAYO:                Yo de padre le doy brazos.

MARTÍN:            Yo el alma que vive en ella.

SANCHA:            Yo os beso, señor, las manos,  
                               y me alegro de ser vuestra.

BOTIJA:            Yo pido que me den algo.

MARTÍN:            Yo enriqueceré tu hacienda;  
                               vamos, y os veré tomar  
                               posesión.

CID:                    Valencia es vuestra.

MARTÍN:            No, sino vuestra, Rodrigo,  
                               que la ganáis y desea  
                               ser hoy Valencia del Cid.

CID:                    Y este nombre es bien que tenga;  
                               llamaráse de esa suerte.

MARTÍN:            Y tendremos suerte buena

si esta historia os satisface,  
perdonando faltas nuestras.

FIN DE LA COMEDIA